

TRINIDAD DE ROJAS Y ROJAS

IGNOTO

POEMA

I.

(INTRODUCCION)

Precio: 1 peseta 50 céntms.

MADRID:

LIBRERÍA DE MURILLO,
Calle de Alcalá, núm. 7

LIBRERÍA DE CUESTA,
Calle de Carretas, 9



LIBRERÍA DE FÉ,
Carrera de San Jerónimo, 2

LIBRERÍA DE GUIO,
Calle del Arenal, 14

1882

IGNOTO

TRINIDAD DE ROJAS Y ROJAS

IGNOTO

POEMA

I

(INTRODUCCION)



MADRID:

LIBRERÍA DE MURILLO,
Calle de Alcalá, núm. 7

LIBRERÍA DE CUESTA,
Calle de Carretas, 9

LIBRERÍA DE FÉ,
Carrera de San Jerónimo, 2

LIBRERÍA DE GUIO,
Calle del Arenal, 14

1882

R. 1.241 = 8

Es propiedad de su autor

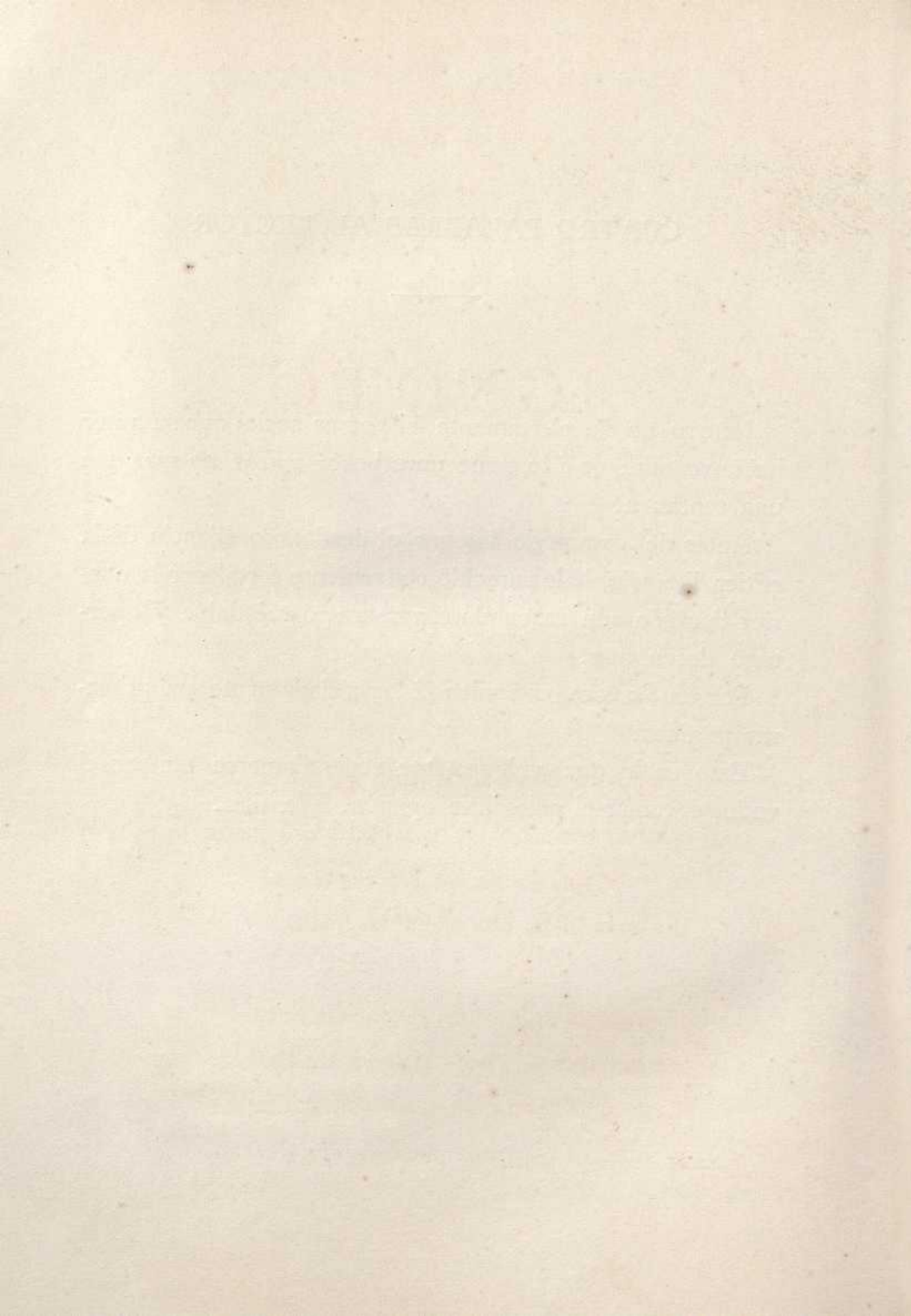
CUATRO PALABRAS AL LECTOR

IGNOTO no es, ciertamente, el poema social que su autor había soñado; es á lo sumo un esbozo: quizás no más que una tentativa.

Antes de exponerlo íntegro al desdeñoso silencio de la crítica literaria, hále parecido conveniente fortalecer la ulterior decisión con razonada esperanza, ó saludable y oportuno desengaño.

Por eso y para eso salen á luz aisladamente sus primeras páginas.

Esto es lo que vulgarmente suele llamarse tantear el vado, ó tomar el pulso á la opinión. Ella dirá.



IGNOTO

INTRODUCCIÓN

I

Del libro de memorias de un demente guardo unas hojas, que escribiera, acaso cuando iba ya de su razón potente declinando la luz hacia el ocaso.

Páginas rotas son, de tachas llenas, en las que á veces rústico dislate surge entre aromas puros de azucenas y vapores y gritos de combate.

Del sol las baña con frecuencia el rayo;
mas su fulgor la oscuridad no alumbra:
hay en su forma lánguido desmayo,
y en su fondo tristísima penumbra.

Ignoro si es verdad ó si es conseja
del demente el extraño desvarío;
mas sé que es una tesis que refleja
la imagen fiel del pensamiento mío.

Por eso de mi canto en la obertura
te la ofrezco, lector, como un mirage,
y á la vez cual simbólica moldura
que encierra, decorándolo, el paisaje.

Si ajusta ó huelga en la moldura el lienzo,
muy presto lo has de ver, caro leyente,
pues ya á la narración se da comienzo:
hé aquí las hojas que escribió el demente.

II

«Yo no recuerdo donde: mi memoria
guarda la imagen de extendido llano,
vasto palenque de moderna gloria,
tocando al cielo en el confín lejano.

Sin intervalo en él se desbordaba
la humanidad, cual rápido torrente
que del ocaso enérgico avanzaba,
y del Norte, y del Sur, y del Oriente.

Un mar fué sin orillas borrascoso
bien presto la llanura: humanas olas
chocaban en vaivén tumultuoso
bajo nubes de enhiestas banderolas.

Las razas todas de la especie humana,
varias en cráneos, rostros y colores,
(semejando una inmensa caravana
que sus tiendas despliega entre clamores

y el anhelado oasis del desierto
invade presurosa, cual si fuera
el campo del reposo campo abierto
donde luchar la humanidad debiera),

levantan sobre el llano dilatado
tiendas, palacios, chozas, pabellones:
era aquello una fiesta y un mercado
donde se dieron cita las naciones.

Deja de oírse el rebramar del viento,
que en ondas, ya sin ecos, se dilata,
del manso arroyo el lánguido lamento
y el rugir de violenta catarata.

Del campo el melancólico ruido
de los talleres so el estruendo espira;
y un grito, sin cesar repercutido,
que en mil idiomas por los aires gira,

eleva hasta las nubes los rumores
de la industrial científica proeza:
la altiva frente, orlada de esplendores,
dobla ante el hombre audaz naturaleza.

Alcázares sinnúmero aparecen,
en que surgen naciones: sus confines,
al *fiat* del hombre, rápidos florecen
con festones de parques y jardines.

De unos en otros anchurosa vía,
que tapizan el césped y la arena,
abigarrada muchedumbre envía,
de inquieto afán y de esperanzas llena.

Está la densa atmósfera impregnada
de tan extraño y misterioso ambiente,
con tal intensidad oxigenada
del aire respirable la corriente,

que, al recibir su beso los pulmones,
el corazón apresurado late,
y al cerebro en hirvientes borbotones
la sangre lanza con brioso embate.

Unísona agitando el pensamiento
en rápidas corrientes procelosas
recia fuerza vital, del sentimiento
pone en tensión las cuerdas misteriosas.

Allí no vibra fulminante acero
ni el ronco trueno del cañón estalla:
con otras armas, inmortal guerrero,
se apresta el mundo á colosal batalla.

Ayer la fuerza conquistó la gloria;
hoy el triunfo lo da la inteligencia:
¡ siempre surgiendo en la terrestre historia
esa lucha tenaz por la existencia !

Más humana que ayer, no ya el vencido
es del altivo vencedor esclavo:
el moderno progreso ha conseguido
lucha sin sangre, sí; mas lucha al cabo,

que, si esperanzas fúlgidas imprime
en las páginas limpias del mañana,
aún no realiza el ideal sublime
de la *ideal* fraternidad humana.

Al cántico de triunfo vigoroso
siempre responde el eco de un gemido;
cual si enlazada al vencedor gozoso
fuera la triste sombra del vencido.

Donde quiera que existe una derrota
que al derrotado humilla ó encadena,
la hiel amarga de la envidia brota,
y el fraternal espíritu envenena.

Aquí á la lucha, con afán sin tasa,
se aprestan pueblos de remotos climas;
desde el que el sol ecuatorial abrasa,
hasta el que mora en las heladas cimas.

No hay frente que no espere una corona,
ni corazon que olvide las plegarias;
pues lo complejo de la lucha abona
laureles y guirnaldas funerarias.

Ocultas éstas en pensado olvido,
al viento aquellos flotarán tan solo,
y metálico nervio estremecido
su historia llevará de polo á polo:

y de este modo, (en nacional quimera
desfigurada la formal historia),
tan solo oirá la humanidad, do quiera,
el canto universal de la victoria:

que, aunque otra cosa el pensador presuma,
y del combate enérgico al relato
formal consagre su avezada pluma
con imparcial espíritu sensato,

el más parcial espíritu de raza,
de pueblo, de nación ó de sistema
sus edificios críticos arrasa,
tala sus campos y sus mieses quema.

El libro serio quedará sujeto
en el marmóreo polvo del olvido:
en tanto libre volará el folleto,
con la bandera nacional vestido:

que aún no es el hombre, no, cosmopolita;
aún tiene tradiciones que venera,
religioso ideal en que medita,
hogar con muro y patria con frontera.

¿Podrá acaso borrarlos algún día?
¿si el hecho surge, el material progreso
habrá avanzado en la anhelada vía,
ó emprendido quizás el retroceso?

¿Seguirán por ventura los destinos
de la materia y del espíritu humanos
diversos y oscurísimos caminos
convergentes en términos lejanos?

Aún nadie puede descorrer el velo
del insondable porvenir oscuro;
está muy lejos de la tierra el cielo,
y en él se esconde el ideal venturo.

No desplegue sus alas el poeta
buscando en el espacio ignoto puerto:
su canto, como el canto del profeta,
es la voz que se pierde en el desierto.

III

Vuelva á surgir á nuestra vista el llano,
donde lo cierto y lo real se exhibe,
y la vida del mundo el ojo humano
en una sola irradiación percibe;

que de las artes el progreso lento,
con sus obras, revela á la conciencia
desde el primer albor del pensamiento
hasta el último paso de la ciencia,

Allí luce la madre agricultura
sus armas de pacíficos combates:
allí aplica la industria sin medida
al comercio sus áureos acicates.

¡ Y entre esas armas de la paz bendita,
enmudeciendo su piadosa lengua,
retumba del cañón la voz maldita,
del moderno progreso para mengua!

Allí vierten las artes liberales,
de belleza entre esplendidos fulgores,
fecundos y purísimos raudales
de formas, de armonías, de colores.

Allí las santas fuentes del trabajo
truecan páramos tristes en vergeles;
que no es ya el empirismo ciego y bajo
quién cultiva sus prósperos laureles:

es la ciencia, que á pasos de gigante
avanza en su carrera bienhechora,
mayor suma de bien buscando amante
á la doliente humanidad que llora:

es el genio de un siglo, aún no llegado,
que al nuestro asoma la radiosa frente,
é ingerta el porvenir en el pasado
con la fecunda savia del presente:

de próxima soñada primavera
es el latir recóndito y fecundo,
que la flor en las yemas acelera,
frutos sin tasa prometiendo al mundo:

es el alba que anuncia la mañana
de ignorados y múltiples destinos,
á la insaciable actividad humana
ofreciéndole innúmeros caminos:

es luz inextinguible que flamea
en el pensar ó en el sentir del hombre;
sentimiento quizás, tal vez idea
sin conocido origen y sin nombre,

que, en forma de intuición ó de esperanza,
 espíritu y materia, tierra y cielo,
 cual síntesis de un mundo en lontananza,
 nos presenta científico desvelo.

¿Quién sabe dónde la materia para,
 ó en materia el espíritu se condensa?
 ¿Qué inteligencia colosal separa
 lo que en el hombre siente y lo que piensa?

Tal vez en tiempo próximo ó remoto
 resolverá la mente estremecida,
 en las brumosas nieblas de lo ignoto,
 el complejo problema de la vida.

.

La vida del presente desbordada
 esa llama espléndida concentra:
 cuanto abarca del hombre la mirada
 allí en revuelta profusión se encuentra.

IV

El sol declina: su postrero rayo,
las cúpulas de esmaltes y colores,
que, al despedirse, besa de soslayo,
filtrándose por masas de vapores,

destaca como faros luminosos
entre la roja lumbre del Poniente,
y las hace surgir, cual los colosos
del fantástico genio del Oriente.

Con suspiros de luz en la alta cumbre
desfallece el crepúsculo: ancho velo
de pardas gasas la rojiza lumbre
nos oculta en la bóveda del cielo.

Mas no la noche con su sombra oscura
en ausencias del sol invade el llano;
que en él con rayo espléndido fulgura,
perpetuando el día, el sol humano,

Ya, si del cielo el luminar se apaga,
el luminar eléctrico se enciende;
que de ese flúido, que en el mundo vaga,
un rayo el hombre á voluntad desprende.

Miradle cómo brilla, iluminando
desde punto central el llano estenso;
en cristalino estanque reflejando
la imagen móvil de palacio inmenso.

Doble fuerza vital desde el palacio
por arterias metálicas circula;
luz que ahuyenta las sombras del espacio,
y verbo que se graba ó se modula.

Por eso, desde el último lindero,
la bulliciosa y libre muchedumbre
invade con afán todo sendero
que se dirige á la fulgente cumbre.

Derrámase en bullentes oleajes,
sobre los cuales, fluctuante y rota,
la fantástica espuma de sus trajes
como la espuma de los mares flota.

Y cual del trueno el rebramar violento,
y de la ola plácida el murmullo,
y el silvido asperísimo del viento,
y de las brisas ledas el arrullo,

á intervalos, y al par, el Oceano
agitan con sus múltiples rumores,
así agitaban el torrente humano
murmillos, esperanzas y temores.

Aquí una imprecación, allí un quejido,
más lejos estridente carcajada,
un suspiro de amores, un gemido,
una frase chistosa ó acerada;

en labio de coral, insinuante
sonrisa femenil que audaz provoca
el dormido deseo, chispeante
mirada que electriza cuanto toca;

ora el roce de labios balbucientes
que tócanse al decirse «yo te adoro;»
ya el chasquido de besos impudentes
que trueca infame meretriz por oro;

aquí salones, donde surgen dramas
al fulgente calor de los festines;
allá tiernos idilios entre ramas
de mirtos, madre selvas y jazmines:

de la adúltera el paso vacilante,
que de la alcoba conyugal la aleja;
de la esposa, olvidada por la amante,
el triste llanto y dolorida queja:

de tiernísimo infante el primer lloro,
el último estertor de pobre anciano,
de religiosas vírgenes el coro,
de alegres mozos el cantar liviano:

el ¡ay! doliente del pudor perdido
que opaco vibra en profanado lecho;
el dulce canto del materno nido
que al niño aduerme sobre casto pecho:

la voz del sacerdote plañidera
y la voz del tribuno enronquecida;
allá á lo lejos la canción guerrera,
más cerca la plegaria enternecida:

la monótona y fúnebre salmodia
que en tañidos traduce la campana;
triste final, especie de parodia
de las grandezas de la vida humana:

el rudo galopar de los bridones,
los gritos de los báquicos placeres,
el lejano tronar de los cañones
y el estruendo sin fin de los talleres:

¡conjunto extraño de discordes notas,
que, entre el turbión de múltiples acentos,
en el oído humano vierten rotas
las agitadas ondas de los vientos!

Con ellas, á manera de oleaje
ó de invasor torrente de armonía
que entrara la llanura al abordaje,
inmenso instrumental su voz envía.

Desde el egipcio sistro y griega lira,
desde el *nablum* fenicio y la pandora,
hasta la guzla, en que el placer suspira,
y el arpa, en que el dolor sonríe y llora;

Desde el silvestre y tosco caramillo,
que solo en hato pastoril resuena,
hasta la trompa de feudal castillo,
que las desiertas bóvedas atruena,

únense y forman colosal y extraña
orquesta, que no rige la batuta,
y en el palacio, al par que en la cabaña,
desconocidas frases ejecuta;

y en tensión diferente y tono vario,
vibrando en el metal como en la cuerda,
con eco indefnido y fragmentario,
razas, pueblos y edades nos recuerda.

El todo, envuelto, como luz en brumas,
en el rumor de pasos y de roces,
en el crugir de sedas y de plumas,
en el clamor de discordantes voces,

surgir, cual onda colosal, se siente
en los ecos que son su claro-oscuro:
nueva forma de cuadro disolvente
que evocación parece de un conjuro. . . .

Cruza la ola humana los vergeles,
 un MÁS ALLÁ recóndito buscando:
 ya va del grande alcázar los dinteles,
 ávida de emociones, rebasando.

Algo en pos, sin embargo, desprendido
 se deja, como nulo en la batalla;
 rezago de un ejército aguerrido
 que fiero embiste cuando el bronce estalla:

aquí, entre copas de aromados vinos,
 pobre adepto de Baco, nauseabundo;
 allá, en pintados labios purpurinos,
 mísero esclavo del placer inmundo:

allí feroz gastrónomo insaciable
 consumiendo en manjares un tesoro;
 más lejos el avaro miserable
 extasiado en los ídolos de oro;

éste, en estancia lóbrega, encorvado
 ante el mónstruo infernal de la ruleta;
 del vértigo del wals, otro, arrastrado
 en los brazos de impúdica coqueta:

de vanos dijes y perfumes llenos,
 imberbes mozos de menguada estofa,
 á todo instinto varonil agenos,
 objeto triste de continua mofa.

.

Alguien que vaga como sombra errante
 sin conciencia del medio en que se mueve,
 y va, desorientado caminante,
 á donde el viento del azar le lleve.

En cambio, quien vislumbra las regiones
 donde la ciencia, el arte y la poesía
 exhiben de su alcornia los blasones,
 á la fulgente luz sus pasos guía.

V

El recuerdo no cabe en la memoria
 de aquella sorprendente arquitectura:
 templo en que el arte compendió su historia,
 que de la ciencia al resplandor fulgura.

Desde el ciclópeo muro hasta la ojiva,
desde el fuerte pelásgico al romano,
del atildado estilo en perspectiva
al idealista gótico-cristiano;

desde el clásico griego á Churriguera,
del invasor normando al bizantino,
desde el severo dórico de Herrera
al suelto minarete tunecino,

allí se enlaza en variedad que abruma
con unidad armónica que encanta:
de todos los estilos es la suma
que un estilo novísimo agiganta:

decóralo riquísimo tesoro
de tapices, de bronces y pinturas;
y lo ornamentan, entre toques de oro,
esmaltes, porcelanas y esculturas;

un todo tan armónico y fulgente
haciendo del magnífico palacio,
que surge, cual fantasma sorprendente,
la inmensidad llenando del espacio.

Tan mágico su aspecto deslumbrante,
tan bien pensadas son sus proporciones,
que, al pisar el vestíbulo gigante,
vense á la par sus múltiples salones. . .

Cuanto el mundo en el arte y en la ciencia
aportara al tesoro de la historia;
cuanto soñó la humana inteligencia
para ensanchar el templo de su gloria,

en ellos luce arrebatando el alma
de aquella inteligente muchedumbre,
que, del saber á conquistar la palma,
avanza entre los rayos de su lumbre.

Y mientras en sombras se desborda fuera
la excrecencia social en torpe orgía,
allí el alma del siglo se hunde entera
en el mar de la ciencia y la poesía. . . .

Del átomo la acción el sabio alcanza
á merced de las químicas reacciones,
y con potente microscopio avanza
del invisible mundo en las regiones:

el globo y su geológica envoltura,
 cual libro inmenso, á su placer hojea,
 y en fragmentos de múltiple textura
 sus páginas de rocas deletrea:

el lente del astrónomo grandioso
 el firmamento hacia la tierra inclina,
 y, el principio vital buscando ansioso,
 la célula el fisiólogo examina:

en natural ascenso, de lo inerte
 va á lo orgánico el sabio, y, á medida
 que descorre los velos de la muerte,
 descubre nuevos gérmenes de vida:

la evolución germinativa estudia
 del terrestre animal y de la planta;
 y en ella un nuevo himno se preludia
 que la materia á la unidad levanta.

Un paso más, y Psiquis aparece
 entre penumbras ensayando el vuelo;
 luego en auroras del sentir se mece,
 y en rayos del pensar escala el cielo. . . .

Y tanta variedad, tanta armonía,
lega la imprenta á la futura historia;
revístela de galas la poesía,
y de eléctrica fuerza la oratoria.

VI

Dominando los mágicos salones,
circuida de marmórea escalinata,
se eleva, gigantesca en proporciones,
aérea y trasparente columnata.

Cubren sus basas hojas de laureles
secas y rotas, que empujó el olvido,
y enlaza sus extraños capiteles
cornisamento vasto y atrevido:

del histórico tiempo en la carrera,
tras el fantasma de soñada gloria,
en el grabó la humanidad entera
del concepto de Dios la inmensa historia.

En caracteres múltiples escrita,
con innúmeros símbolos trazada,
revela al pensamiento que medita
lo interminable de la gran jornada.

¡ Siempre adelante, y sin llegar al punto
en que termine el insaciable anhelo !
¡ De duda y decepción fatal conjunto !
¡ Ninguna puerta que descubra el cielo ! . .

Sobre esa extraña histórica cintura
la cúpula de lumbre flameante
se eleva audaz, y de la nube oscura
el seno razga con su luz brillante.

Fantasma que, surgiendo en las tinieblas
del mundo troglodita, lento hiende
la luz crepuscular de ténues nieblas,
y hacia el fúlgido sol temblando asciende,

y luego, con la frente coronada
de sus rayos de fuego, más arriba,
de la luz eternal en la alborada
clava sereno la mirada altiva.

Tal me parece el mágico palacio,
 soñado monumento, templo vivo
 que, rompiendo los velos del espacio,
 en busca va de un sér que no concibo. . .

Cual circular y absurda catarata,
 que del valle se alzara hacia la cumbre,
 se ve por la anchurosa escalinata
 subir interminable muchedumbre.

Los últimos peldaños salva ansiosa,
 perdiéndose en el mágico recinto:
 en su absorbente atmósfera radiosa
 queda el concepto personal extinto.

Como el alma y el cuerpo se confunden
 en una sola idealidad abstrusa,
 así se compenetran y se funden
 fieles y templo en realidad confusa.

Desiertos van quedando los salones,
 los senderos, los parques, los jardines:
 las múltiples contrarias emociones
 van tornándose armónicas y afines.

Todo un momento en el olvido yace
ante la clara luz que aquí flamea;
y es que potente y fúlgida renace
del Ser eterno la grandiosa idea.

De ciegos que no ven los resplandores,
donde se hundió la humana catarata,
surgen opacos, débiles rumores,
al pié de la tendida escalinata.

Son pobres gentes, cuyas almas llena
la materia no más, que el libre vuelo
de su enfermizo espíritu encadena,
sin permitirles remontarse al cielo.

Son otros seres de razón malsana
que viven en la vida del pasado,
sin lanzar ni una vez hacia el mañana
el pobre pensamiento encarcelado.

De cráneos mira el uno grande acopio,
y el sitio busca allí de la conciencia;
mientras otro pregunta al microscopio
de equívoco organismo la existencia:

en masas de materia condensada
éste mira vitales torbellinos;
de *materia radiante* en la alborada
aqué! vislumbra incógnitos caminos;

un anticuario epígrafes ignotos
en desgastados mármoles admira,
y ante incunables y elzevires rotos
con tristeza un bibliómano suspira;

egoista proyecto que le halaga
un político estudia con fe ciega,
sin ver que, con tal rumbo, al fin naufraga
quien en el mar de la ambición navega. . .

Va surgiendo el silencio, cual si el orbe
allí reconcentrado meditase:
lluvia de ideas el espacio absorbe,
y en fuentes de conceptos la deshace.

Allí la humanidad en la ancha cuna
de los recuerdos al vaivén se mece:
su pasado fugaz, rayo de luna
quebrado en agua torrencial, parece;

rumor de los vagidos de su infancia,
ecos fugaces del cantar primero,
que van, aunque con débil resonancia,
enlazándose al tiempo venidero:

que esos tiempos de esencia tan distinta
para cualquier espíritu inconsciente,
son, en verdad, extremos de una cinta
atados con el nudo del presente.

Yo estaba allí, cual náufrago perdido
en la vasta extensión del Oceano:
el raudal de la ciencia apetecido
beber ansiaba: ¡ mas lo ansiaba en vano !

oleajes sin fin del sentimiento
tan recio combatieron mi barquilla,
que del sereno mar del pensamiento
apenas pude vislumbrar la orilla.

Y allá en el templo, que la luz inunda,
y ver no deja la sublime escena,
en cantos llenos de emoción profunda
de Dios el nombre sin cesar resuena.

VII

UNA VOZ.

¡Dios! ¡Dios! ¡y siempre Dios! ¡Ay! no lo entiendo,
por más que en pos de su noción me lanzo:
yo siempre ante mis ojos lo estoy viendo,
y nunca, nunca, á comprenderlo alcanzo. . .

Pasaron ya, como turbión de nieblas
que dora el sol al tramontar la loma,
y se hundieron del mito en las tinieblas,
los dioses del Oriente y Grecia y Roma.

Pasó el Jehová del Sinaí tonante,
y ora el Jesús del Gólgota cruento
cruzando va, con paso vacilante,
un piélago de dudas turbulento.

Todo Dios corporal ó definido,
después de una existencia transitoria,
pasará, para hundirse en el olvido
ú ocupar una página en la Historia.

Mas Dios no pasará: sobre la cumbre
del humano saber, sobre la alteza
de la razón destellará su lumbré
del Dios excelso la inmortal grandeza.

Idolos, cultos, dioses, religiones
caerán, de la razón al rudo embate;
sacerdocios y ritos, en girones
rodarán por la arena del combate;

y, cuando todo, al parecer inerte,
dé por finada la social pelea,
flotará sobre el campo de la muerte
del Dios eterno la fecunda idea.

Mientras exista la conciencia humana,
la noción inmortal de lo infinito,
lo eterno del ayer y del mañana,
no podemos á Dios trocar en mito.

En tanto que subsista lo insondable
del pasado, en tinieblas escondido;
mientras el porvenir inabordable
permanezca en la nada sumergido,

del hombre la razón, buscando ansiosa
el principio y el fin de la existencia,
encontrará á su paso, temblorosa,
la incomprensible eterna omnipotencia. . .

Dad con factores á la ciencia humana
el problema más vasto y más profundo:
una intuición ó un cálculo mañana
arrojará su solución al mundo:

mas, con la nada por factor primero,
el problema del sér subsiste ignoto;
y del origen y del fin postrero
el lazo siempre para el hombre roto.

Retrogradad con la materia al caos,
germen de seres que la mente ofusca:
entre células y átomos lanzaos,
del cuerpo simple, elemental, en busca.

Más allá, más allá; buscad en vano:
la materia cesó: la nada empieza:
¿quién fecunda esa nada? el soberano,
gigante aliento de eternal grandeza:

la causa prima y el espíritu puro,
el Ser omnipotente, incomprensible
en tiempo sin pasado ni futuro,
y en espacio sin límite posible.

Yo lo encuentro en la estrella que fulgura
con cambiantes de nácar y topacio,
en el velo que tiende noche oscura
sobre el inmenso abismo del espacio;

del rayo en el fulgor que tanto aterra,
del trueno en el bramar que tanto espanta,
en el beso del sol, que da á la tierra
manto de flores que la vista encanta;

en el aroma que la flor exhala
al desplegar el misterioso broche,
en el leve rumor que engendra el ala
de las ligeras aves de la noche;

del véspero crepúsculo en los velos
que el débil rayo del Poniente dora,
en las rosadas tintas que en los cielos
va derramando, al despertar, la aurora;

en las gotas del agua cristalina
que vierte blanca nube en la pradera,
en el rumor del aura matutina
que gime del arroyo en la ribera;

en la brisa que lánguida murmura,
y entre las olas sin rumor desmaya,
en la racha de viento que tritura
la nave altiva que arrojó á la playa;

en el murmurio de escondida fuente,
en el ronco mugir del Oceano,
en la invasora marcha del torrente,
en las tranquilas aguas del pantano;

en el insecto que la planta horada,
en el coloso que en los bosques vela,
en el ave que trina en la enramada,
y en la que altiva sobre nubes vuela.

Cuanto en el orden natural germina,
se propaga, se mueve, se trasforma,
nace, crece, complétase, declina,
y cesa, ó cambia de actitud y forma,

inalterable de su sér la esencia,
la forma varia en mutación perenne,
levanta en el altar de mi conciencia
de lo inmortal el cántico solemne.

Y en donde luce lo inmortal, flamea
de lo eterno la luz en lontananza:
á su vivo fulgor, de Dios la idea
la refleja el mortal en su esperanza.

Es lo eterno sin Dios un desvarío,
cual sin creador absurda la criatura;
lo infinito sin Él es el vacío;
negación que rechaza la natura.

Y no del animal y de la planta
el mundo solo, que ante el hombre gira
en esfera vital, es quien levanta
el sublime cantar que Dios le inspira.

También en la inorgánica materia,
(si existe lo inorgánico), circula
por invisible y misteriosa arteria
ritmo que el nombre del Creador modula.

Si de la esfera orgánica distinta,
en ella, aunque este siglo no lo alcance,
no está la vida por fortuna extinta,
ya la verá la ciencia cuando avance.

Y al avanzar, sus campos extendiendo,
y su bello horizonte dilatando,
al ir la vida universal sintiendo,
al concepto de Dios se irá elevando.

Es la vida probanza palpitante
que á Dios revela en la conciencia humana:
el hombre, aunque con pasos de gigante
se eleve hacia la ciencia soberana;

y, rey de la creación, intente osado
crear, como el Creador, el organismo;
¡ con su poder finito y limitado
producirá tan solo un mecanismo !

¡ autómata sin vida, sombra oscura,
pobre parodia de ideal modelo,
de lodo terrenal yerta figura
en la que nunca se refleja el cielo ! . . .

De la vida explicadme la alborada,
ó una vida creadme con la ciencia,
y entonces mi razón, emancipada,
negará la divina omnipotencia.

Mas en tanto que exista impenetrable
el misterio vital, y el trasformismo
del agitado Cosmos insondable
del caos recuerde el nebuloso abismo,

sobre sus aguas seguirá flotando
el espírtu de Dios que el mundo llena;
y, en la conciencia humana reflejando
su viva luz con majestad serena,

hará que el hombre, del Creador en busca,
con santo anhelo y con fervor le llame,
y en el mar de la duda, que le ofusca,
reluchando con ansia triste exclame:

¡Dios! ¡Dios! ¡y siempre Dios! ¡Ay! no lo entiendo,
por más que en pos de su noción me lanzo:
¡y siempre ante mis ojos lo estoy viendo,
aunque jamás á comprenderlo alcanzo!

OTRA VOZ.

¡Dios! ¡Dios! ¡y siempre Dios! Antes que el hombre,
antes que el mundo, el tiempo y el espacio
pudieran proclamar su santo Nombre,
moraba de lo eterno en el palacio.

Mas llegó la creación: cesó la nada:
brotó la luz del *fiat* al acento;
y vióse á Dios entre la sombra helada
flotando sobre el líquido elemento.

El caos agita convulsión extraña
al soplo del espíritu divino,
y ve surgir el Cosmos en su entraña
de la vida el bullente torbellino.

Se encienden los etéreos luminares,
despierta la atracción el movimiento,
y surcan en millares de millares
esferas de ígnea lumbré el firmamento.

No en ciego rumbo y al azar rodando
alguna hacia el abismo se dirige;
que, en sus precisas órbitas girando,
eterna ley sus movimientos rige.

Besa la tierra el sol: los continentes
elevan á su beso, coronadas
de algas marinas, las riscosas frentes,
con perlas y corales incrustadas:

y ese beso de rayos de colores,
que va esparciendo la brumosa niebla,
de plantas, peces, pájaros y flores
los continentes y los mares puebla.

Preludia la creación una alabanza
á Aquél que todo, con querer, lo puede;
y surge, al fin, el hombre, á semejanza
del infinito Ser de quien procede.

Ser inmutable, cuanto encierra el orbe,
en Él, por Él, y bajo de Él, alienta;
inmenso Ser, el infinito absorbe;
fecundo Ser, las vidas alimenta.

Ser superior á cuantos seres fueron,
son y serán, su inexplicado nombre,
aunque todas las lenguas lo escribieron,
aún en ninguna lo define el hombre.

Él es causa de causas insondable,
Él es la inteligencia sin medida,
el germen de los gérmenes estable,
la luz, la ciencia, la verdad, la vida:

es fuerza incomprensible y misteriosa
que lanzó el universo en el espacio;
es espíritu puro que reposa
de su misma grandeza en el palacio.

Punto central de todo movimiento,
en torno de Él el universo gira:
cuanto tiene de vida leve aliento
por Él tan solo, y para Él respira;

y la vasta creación ilimitada
abísmase en su seno soberano,
como gota de agua derramada
en la inmensa extensión del Oceano.

Principio de lo bueno y verdadero,
 al hombre libre con amor prodiga
 fuerza y luz de la vida en el sendero,
 para que el bien y la verdad consiga.

Principio de lo justo, en fiel balanza
 del mortal aquilata las acciones,
 é infalible le aplica sin mudanza
 eternas penas ó celestes dones.

Sol del mundo moral y de la ciencia,
 que hasta el ateo vacilando nombra,
 cuando su luz se extingue en la conciencia,
 la invade negra duda con su sombra.

Si á la ciencia pedimos que nos abra
 del foco de esa luz la ignota puerta,
 —«No ha pronunciado su postrer palabra»—
 contesta el sabio de conciencia yerta.

Pero la luz que el infinito alumbra,
 deslumbrando esa ciencia limitada,
 la humanidad terrestre la vislumbra,
 al brotar la palabra revelada.

Con ésta y con la fe se acerca el hombre,
tendiendo humilde hacia su Dios el vuelo,
al concepto insondable de ese Nombre
que los ángeles cantan en el cielo.

Por ellas baja hacia la mente humana
la mística intuición del Ser divino,
de incomprensible esencia soberana;
UNO en natura, y en persona TRINO:

PADRE que crea y que conserva el mundo,
VERBO que al hombre pecador redime,
ESPÍRITU santísimo y fecundo
que la esperanza y el amor imprime. . .

Como nave sin rumbo que se agita
entre las olas de revueltos mares,
así la pobre Humanidad precita
se agitaba entre idólatras altares:

y como el sol disipa la tormenta,
y los extensos mares ilumina,
así el Verbo los ídolos ahuyenta,
y el mundo llena con su luz divina:

y de esa luz los místicos reflejos
que brotan de la cruz entre los brazos,
á Dios y al hombre, que se hallaban lejos,
de nuevo anudan con estrechos lazos:

que el Hombre-Dios, á quién amante sube
de los creyentes la oración serena,
ya no es el Dios que en inflamada nube
del Sinaí sobre las cumbres truena:

es el Dios del amor: divino anhelo
el sér humano sin cesar le inspira,
y para alzar la humanidad al cielo
baja á la tierra y en la cruz espira. . .

Ya fué la redención: ya los sociales
problemas hallan fáciles caminos;
ya á la luz de los nuevos ideales
del porvenir se aclaran los destinos.

Ya la vital evolución completa
del hombre tiende los sublimes vuelos
desde la corta vida del planeta
hasta la eterna vida de los cielos. . . .

¡Dios! ¡Dios! ¡y siempre Dios! Si no la ciencia
llevarnos logra á su noción bendita,
Fe, Esperanza y Amor en la conciencia
dejarla pueden para siempre escrita.

OTRA VOZ.

¿Qué Dios es ese que la mente en vano
se esfuerza en comprender? Decidme dónde,
velado siempre al pensamiento humano,
cual misterio fantástico se esconde?

Cual fuego fátuo que en la noche ondea,
de la razón ante la luz vacila,
del sentimiento al hálito flamea,
y al soplo de la ciencia se aniquila.

Si es uno, personal y definido,
de su ser la sustancia y la existencia,
sin un concepto ya preconcebido,
reveladme en el campo de la ciencia:

demostradme con lógica probanza
 en qué momento histórico aparece;
 dónde está la mansión de bienandanza
 que en su nombre al creyente se le ofrece;

qué patente prodigio lo revela
 que resista á la crítica sesuda:
 la piadosa leyenda es ya novela
 en galas rica, en lógica desnuda.

El cetro del milagro ya se ha roto:
 del prodigio el imperio ha sucumbido:
 el concepto falaz del Dios ignoto
 en el abismo duerme del olvido.

Ó adelante ó atrás; no hay más camino:
 ó ciencia ó tradición; he aquí el dilema:
 uno ú otro escoged, de lo divino
 para dar solución al gran problema.

No del pasado al áspero sendero
 volvais entre temores y sonrojos:
 cual informe turbión del ventisquero,
 dioses en polvo os cegarán los ojos,

hasta llegar á la creación sublime
del Hombre-Dios, que en la feliz mañana
de los modernos tiempos nos redime:
¡ la más grandiosa concepción humana !

Si allí parais el paso tembloroso,
renunciad al progreso indefinido;
al libre pensamiento esplendoroso,
del dogma en las prisiones oprimido.

Un dogma, un culto, un rito y una iglesia;
y nada más allá: he aquí los muros
que á quién la santa libertad desprecia
encierran en sus ámbitos oscuros.

Mas si en cambio con pasos de gigante,
en el fecundo porvenir clavada
la vista, caminais hacia adelante,
sin cansancio en el áspera jornada,

llevando siempre por mentor la ciencia,
la razón por antorcha refulgente,
la observación por guía, y la conciencia
por freno que sujete en la pendiente,

entonces, paso á paso adelantando,
 como siempre adelanta el hombre serio,
 al concepto de Dios ireis llegando,
 sin dogma, sin prodigio, y sin misterio:

y Dios y el mundo, en unidad de esencia
 y variedad de formas, la armonía
 mostrarán á la humana inteligencia
 del Pán-Theos, que insondable aparecía.

La gran Naturaleza el hondo arcano
 de su creadora fuerza omnipotente
 irá ofreciendo al pensamiento humano,
 del humano progreso en la creciente:

y, en la unidad la variedad fundiendo,
 del sér será el fenómeno la sombra:
 sombra es el universo que, siguiendo
 en pos del sér, que Dios el mundo nombra,

si en el orto y ocaso de la ciencia
 parece, al dilatarse, desprenderse,
 desde el cenit la humana inteligencia
 la ve en el sér fundirse y resolverse. . .

Mas la ciencia del hombre no revela:
es la postrer palabra pronunciada:
delante, sólo la esperanza vuela:
la razón aún no emprende otra jornada.

OTRA VOZ.

¡Dios! ¡Dios! ¡y siempre Dios! Luchaba en vano
siglos y siglos sin cesar el hombre,
por descubrir el insondable arcano
de ese profundo y misterioso nombre.

Hoy ya la ciencia en su atrevido vuelo,
tomando el Yo por punto de partida,
se va elevando de la tierra al cielo,
en donde está la fuente de la vida;

ese Ser, infinito y absoluto,
causa y principio eterno de la esencia,
á quien rinde de amor su fiel tributo,
hoy más que ayer, la humana inteligencia.

En Él el universo se contiene,
 bajo de Él y por Él todo subsiste;
 su providencia la creación mantiene;
 nada, fuera de Dios, se da ni existe.

El *todo es Dios* del viejo panteísmo
 ante el *todo está en Dios* desaparece:
 se extiende entre ambas frases un abismo,
 en donde el Pán-Theos material perece.

En ese abismo, quebrantada y rota
 ya sumergiósese la fatal doctrina;
 y nueva luz sobre sus nieblas flota,
 que nuevos horizontes ilumina.

Tan sólo Dios es Dios: sólo infinito
 y absoluto es su sér en la conciencia:
 sólo es Él, aunque abraza lo finito,
unidad pura y simple de la esencia.

El hombre y el espíritu y el mundo
 en Él están; pero el estar no implica
 identidad de esencia, ni el profundo
 misterio de ese estado nadie explica.

De todo lo sensible diferente,
cual sér en sí y por sí, cual sér supremo,
del tiempo y del espacio en la corriente
flota su Nombre hasta el confín extremo,

Á imagen de ese Ser y semejanza
creado el hombre, cuando á Dios le plugo,
débele amor y culto y alabanza,
no el temor de la víctima al verdugo:

que es Dios justicia y gracia y providencia
y salvación y amor para el humano:
ideal que persigue la conciencia
desde el albor del ideal cristiano.

Si ese concepto en las tendencias vaga
de varias religiones sin firmeza,
es grandioso deber que al hombre halaga
correr en pos de racional certeza.

No importa que aún en rígido ascetismo
la sangre, al roce del cilicio, estalle,
ni inconsciente y feroz materialismo
las conciencias incultas avasalle:

si, de otro lado, ciega indiferencia
y escéptico anhelar los cultos mina,
las letras, la política y la ciencia
envolviendo en idéntica ruina,

aún hay quien del pasado en la ancha cuna
mira del porvenir la vida nueva;
quien lo sensible y racional aduna
y paso á paso al ideal se eleva;

quien la expansión y el equilibrio ansiado
de las fuerzas humanas eslabona,
y, en un sistema armónico elevado,
con el cuerpo el espíritu razona:

y fe y razón, y espíritu y materia
en fraternal consorcio armonizando,
del prejuicio aleja la miseria,
y al concepto de Dios se va elevando.

Ni ateo ni fetichista, á Dios y al hombre
su respectivo pedestal levanta:
de Aquél proclama el venerando nombre,
de éste las glorias perfectibles canta.

Si del Sér absoluto omnipotente
no explica el sér finito la existencia,
en el fogoso corazón la siente,
á la vez que germina en su conciencia.

¡ Oh ! cual de Dios la esencia misteriosa
es de todas las cosas fundamento,
en el pensar á Dios, igual reposa
la esfera del humano pensamiento.

No existe, no, concepto que no informe
algo de aquél concepto indemostrable,
cual realidad no existe, que no forme
parte del todo, aún inexplicable.

¡Dios! ¡Dios! ¡y siempre Dios! Ante el arcano
de ese profundo y misterioso nombre
el *fiat lux* del pensamiento humano
ya se modula en la razón del hombre.

OTRA VOZ.

¡Dios! ¡Dios! ¡y siempre Dios! profundo arcano
en que se abisma la razón del hombre,
que siglos y más siglos lucha en vano
por encontrar un sér para ese nombre,

La estéril lucha, que el absurdo alienta,
á las conciencias débiles espanta:
la torna el fanatismo más sangrienta,
y la duda en sus sombras la agiganta.

Si ese Dios tan recóndito existiera,
y el hombre con su esfuerzo lo encontrara,
la magia del prodigio Dios perdiera,
y el hombre entonces Dios se proclamara.

Y perdido el encanto de lo ignoto,
y abarcado lo inmenso en lo finito,
el religioso lazo presto roto,
¿qué restaba de Dios? Tan sólo un mito:

que el hombre, al definir lo indefinible,
al elevarse de la tierra al cielo,
al comprender al fin lo incomprensible,
del misterio rasgando el denso velo,

en su soberbia, con razón sobrada
de amarga decepción en la agonía:
« O yo mismo soy Dios, ó Dios es nada, »
con satánico grito exclamaría.

Y Dios eliminado, ó convertido
el hombre en Dios, la Humanidad pasmada
¿por qué sendero asaz desconocido
emprenderá su divinal jornada?

¡ Qué absurda es la misión demolera
de quien albergue previo no construye,
do guarecerse pueda aquel que llora
por el antiguo hogar que se destruye !

Si á Dios eliminais de los hogares
de esa inconsciente muchedumbre inquieta,
que al trabajo, al dolor y á los pesares
su terrestre existencia ve sujeta,

en cambio del despojo despiadado,
 á ella que siente y que á pensar no alcanza,
 ¿qué le daréis, cuando con grito airado
 os pida en su dolor una esperanza?

¿Para qué la expropiais de ese tesoro
 que es la riqueza celestial del pobre,
 si, al usurparle sin piedad el oro,
 podéis en cambio apenas darle cobre?

Si: cobre impuro, informe y enlodado,
 luz entre sombra sepulcral perdida,
 moneda sin valor en el mercado
 del bienestar de la terrestre vida.

Dejad que niegue á Dios el pobre ateo,
 que el filósofo audaz lo busque en vano,
 que el teólogo amolde á su deseo
 un sér divino con ropaje humano:

dejad que el sabio, en su febril anhelo,
 observación y experimento enlace,
 y al Dios-materia de su opaco cielo,
 cual Sísifo á la roca, al fin se abraza:

mas no al pueblo lleveis las amarguras
del desdichado que de Dios reniega;
no las ideas vagas é inseguras,
á que el osado pensador se entrega;

no capciosas y audaces concepciones,
en teológicas nieblas sepultadas,
(de vieja escuela frases y nociones
de elásticos *distingos* saturadas).

No entre retortas y crisoles, mudos
de cuanto no es materia al llamamiento,
lanceis los pueblos pobres y desnudos
de la fe, que es en ellos sentimiento.

El pueblo siente á Dios, y en Dios se inspira:
no á comprenderlo su razón alcanza;
mas en Él ve una luz, y en torno gira,
del porvenir asido á la esperanza.

Si el móvil rayo de la luz dudosa
imagen falsa en su cerebro pinta,
ó, con intensa emanación radiosa,
de toda sombra se la ofrece extinta.

poco importa, si el Dios no desaparece,
y los destinos del futuro pesan
en la conciencia; mas, si aquel perece,
¡cuántos sociales organismos cesan!

¡Ay del pueblo sin Dios! Redil de siervos,
que ante el tirano acobardado lloran,
ó bandada feroz de hambrientos cuervos,
que en incesante lucha se devoran. . . .

¿Para qué suprimir la Providencia,
que el triste mira siempre en lontananza,
sea verdad ó mentira esa creencia,
realidad ó ilusión esa esperanza?

Si el hombre busca con error profundo
más allá de la tumba nueva vida,
¿qué males sufre por creerlo el mundo?
¿la Humanidad qué pierde en la partida?

Y si Dios es verdad, y se revela
alguna vez á la conciencia humana,
y al ideal la inteligencia vuela
con intuición potente y soberana,

del erróneo concepto del pasado
la Humanidad subsiste irresponsable;
que al hombre, sér finito y limitado,
no es posible abordar lo inabordable.

Siga la pobre Humanidad sintiendo;
siga el audaz filósofo pensando,
el teólogo textos removiendo,
moléculas el sabio combinando;

Siempre de Dios fulgurará la idea
entre un dogma de un lado, y de otro un rito;
como antorcha entre sombras, que flamea
clavada en el umbral de lo infinito.

.
.

¡Dios! ¡Dios! ¡y siempre Dios! profundo arcano
en que se pierde la razón del hombre,
que siglos y más siglos lucha en vano,
por encontrar un sér para ese nombre.

.
.

VIII.

Múltiples voces en inmenso coro
de Dios el nombre santo repetían,
y en arreboles de carmín y oro,
como legión de espíritus, subían.

Subir en pos el cielo trasparente
la vista mia con tesón ansiaba,
y en la gigante cúpula esplendente
humillada y rendida se abismaba:

que el exceso de luz que baña el muro
no puede soportar el ojo humano,
y en él se pierde, como en fondo oscuro,
del concepto de Dios el hondo arcano.

Mas siempre queda en ascensión constante
el anhelo sin fin de la victoria;
esperanza de hender la luz brillante,
y más arriba contemplar la gloria.

De otras voces los débiles acentos,
que dioses muertos recordar querían,
del templo en los hondísimos cimientos,
sin ecos en su bóveda surgían.

Avanza desde fuera á los altares
de la duda la hirviente catarata;
y, desecha en arroyos á millares,
desciende la marmórea escalinata.

Tenaz en sus ataques y en su intento,
cual la ola del mar sobre la roca,
sobre el muro del áureo monumento
mil y mil veces rebramando choca.

Ante la fiera lucha interminable
sarcástico sonríe el ateísmo,
empujando hacia el templo inquebrantable
las huestes del feroz materialismo.

Y sin cuidarse de la lucha insana,
ni de la luz que el cielo reverbera,
en loca orgía muchedumbre vana
gasta su inútil vida en la praderá.

Brilla la idea en la elevada cumbre,
ruge el placer en el extenso llano:
opacas nieblas y fulgente lumbré
arrastra juntas el torrente humano. . . .

Hay un lago sin fondo y sin orillas
de mis recuerdos en la vaga historia:
luego un turbión de extrañas maravillas
que precisar no puede la memoria.

Paréceme que aún hieren mis oídos
del huracán los silvos estridentes,
revueltos con los ásperos rugidos
de anchurosos y rápidos torrentes.

Siento crujir el fiero terremoto
alcázares y templos derribando,
y en grietas mil el pavimento roto
inflamados vapores exhalando.

Miro una llama que voraz ondea
en fantásticas formas indecisas,
dejando sobre el llano en que bravea
ancho lecho de cálidas cenizas.

Oigo lejano estruendo de batalla,
de motín popular el grito ronco,
el seco golpear de la metralla
y un inmenso extertor extraño y bronco.

De pueblos invasores el avance
escucho, y el clamor del invadido,
el rudo torbellino del alcance,
de la fusión el hervoroso ruido.

Legión de globos por los aires vuela,
se agolpan trenes en las férreas vías,
en mar oscuro el firmamento riel
y el ambiente se llena de armonías.

Do quiera sombra do la luz fulgura,
silencio que interrumpe algún latido,
grito de triunfo, quejas de amargura,
y un murmullo tenaz repercutido.

Y mientras vida irradian las esferas,
y sonidos y luz y movimiento;
aquí se abaten todas las banderas,
y en mi cerebro cesa el pensamiento.

Enlaza el suelo con las altas nubes
algo que lento y silencioso llueve,
velos que tejen manos de querubes
con blancos copos de rizada nieve.

Surge helado silencio en torno mío,
cual si, á las puertas de la nada inquieto,
viera yerto rodar en el vacío
de la terrestre esfera el esqueleto. . . .

Yo no recuerdo más: en mi conciencia
píntase apenas el espacio oscuro,
donde iba flotando mi existencia,
perdida entre el pasado y el futuro.

¿Único resto del linaje humano,
guardaba aún mi terrenal vestido?
¿Del infinito acaso el Oceano
cruzaba ya del barro desprendido?

¡Quién sabe! No recuerdo. Aun resonaba
en mis oídos el terrestre anhelo,
y dentro de mi sér se reflejaba
otra luz, otra vida y otro cielo. »

IX.

PALINODIA DEL POETA.

Recibo nuevas hojas del demente.
Aun vive el pobre loco, y aún escribe:
y si á veces preséntase incoherente,
otras con clara percepción concibe.

Por eso yo que, en desbordado canto,
pensé del siglo modular la historia,
y arrebató mi pluma el desencanto,
al ver mi pequeñez ante su gloria,

el cuadro borro que en febril ensueño,
comenzaba á surgir de mi paleta;
mar sin orillas, donde en toско leño
flotando ví la Humanidad inquieta:

y ordenando las hojas del demente,
que á mi entender responden á mi tema,
donde haya una laguna echaré un puente,
y al fin de la jornada habrá un poema.



Antequera, Mayo de 1880.

OBRAS DEL MISMO AUTOR

LA PEÑA DE LOS ENAMORADOS: leyenda tradicional del siglo XV. Un volumen en 4.º	1,50	ptas.
HISTORIAS ÍNTIMAS: un vol. en 8.º	2	—
* LOLA: historia que parece cuento. Un vol. en 12.º		
* JULIAN Y JULIANA: cuento que pica en historia. Un vol. en 12.º		
* LA VIRGEN DE LAS RUINAS: escenas de la vida íntima. Un vol. en 12.º		
* JUANA INÉS ASBAGE: bosquejo crítico y biográfico. Un vol. en 12.º		
ABINDARRAEZ Y JARIFA: tradicion antequerana. Un vol. en 8.º	1	—
POST NUBILA PHCEBUS: un vol. en 4.º	1	—

(Las obras señaladas con asterisco estan agotadas).

EN PREPARACION:

HISTORIA DE ANTEQUERA: dos tomos en 4.º

EL CISNE DE MÉGICO: drama en tres actos y en verso.

NOCHES DE LUNA: narraciones del pasado y sueños del porvenir.

(Varios fragmentos de estas tres últimas obras han visto la luz en diversas publicaciones periódicas).